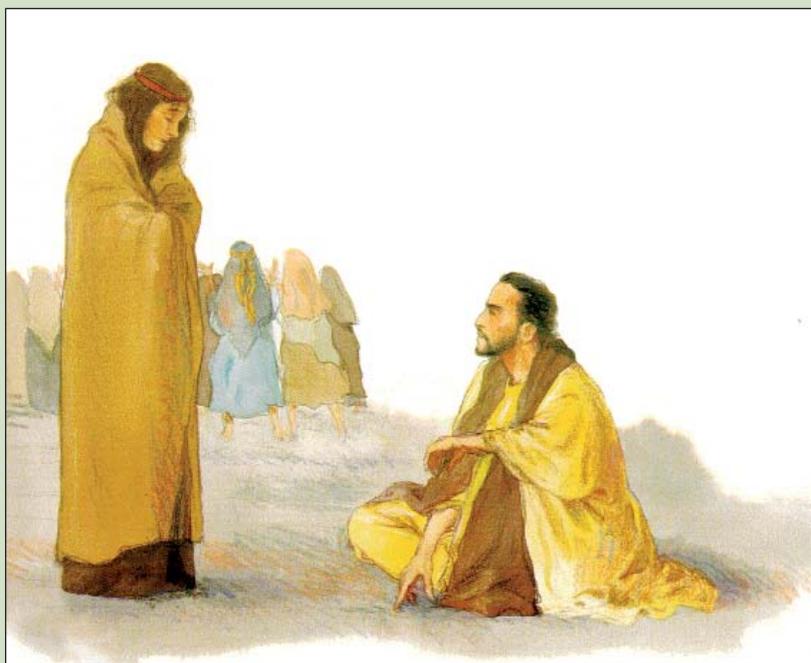


# JESÚS Y LAS MUJERES



encontrarlo  
seguirlo  
ser sus testigos

Ana Cristina Villa de Betancourt es miembro de la Fraternidad Mariana de la Reconciliación. Asimismo es responsable de la Sección de la Mujer del Consejo Pontificio para los Laicos, desde mayo de 2009.

Ha estudiado filosofía y teología en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, especializándose en Teología Patristica. Ha ocupado puestos de responsabilidad en su comunidad, especialmente en el ámbito de la formación.

Entre 2004 y 2009, trabajó en la Diócesis de Salford (Inglaterra) como Asistente Personal para el Vicario General y el Secretario Ejecutivo de la Oficina de la Formación Permanente del Clero.

ANA CRISTINA VILLA DE BETANCOURT

PONENCIA EN LA ASAMBLEA GENERAL  
DEL CENTENARIO DE LA UMOFC  
JERUSALÉN, 5-12 DE OCTUBRE DE 2010

## La mujer samaritana

• Juan 4, 5-41 • [3]

La tarea de presentar la relación de Jesús con las mujeres, según aparece en los Evangelios, en un breve lapso de tiempo, es enorme; nos obliga a tener que escoger. Pero ¿con qué criterio hacerlo? Son tantos y tan hermosos los encuentros de Jesús con las mujeres. ¿Cuál analizar y cual dejar de lado?

No es difícil encontrar en los evangelios testimonios de la novedosa actitud del Señor Jesús hacia las mujeres. No es difícil constatar lo que Juan Pablo II decía al respecto en la *Mulieris Dignitatem*: Jesús «*superando las normas vigentes en la cultura de su tiempo, tuvo en relación con las mujeres una actitud de apertura, de respeto, de acogida y de ternura. De este modo honraba en la mujer la dignidad que tiene desde siempre, en el proyecto y en el amor de Dios*» [1]. Nuestro Señor es maestro excelente de la belleza y de la nobleza de la vocación de la mujer. Viendo su actitud y su amor hacia las mujeres, el modo como se acerca a nosotras y nos llama, no puede no encenderse nuestro corazón ante quien así nos conoce, quien así nos mira y nos llama también hoy a nosotras, en los primeros años del tercer milenio de nuestra fe, en un mundo como el nuestro, invitándonos a llevar precisamente a este mundo Su mensaje. Estando aquí, en su tierra, tenemos ocasión privilegiada para encontrarlo, para una vez más escuchar su voz, renovar nuestra propia vocación a seguirlo y ser sus testigos.

Pero volvamos a Jesús. En los Evangelios encontramos que hablaba públicamente con las mujeres, para sorpresa de sus discípulos; permitió que un grupo de mujeres le siguieran y le sirvieran durante su actividad apostólica; entablaba con las mujeres diálogos profundos sobre el reino de Dios. Las mujeres no abandonaron a Jesús en las horas últimas y trágicas de su vida mortal. Cuando Jesús resucitó de entre los muertos, las mujeres llegaron primero al sepulcro, fueron las primeras que lo encontraron vacío, las primeras que escucharon el anuncio: «*no está aquí, ha resucitado*» (Mt 28, 6) y las primeras a las que Jesús se apareció «*para hacerlas testigos y “evangelistas” de su resurrección ante los apóstoles*» [2].

Dado que nos hemos reunido aquí para meditar en el llamado que Jesús nos hace a nosotros, hoy, aquí en su tierra, a ser sus testigos, me ha parecido conveniente tener como criterio de elección el encuentro de Jesús con mujeres que, tras encontrarlo, se convierten en sus testigos, y que de ello encontramos testimonio explícito en los Evangelios. Siguiendo este criterio evocaremos el encuentro de Jesús con la mujer samaritana, con sus amigas Marta y María de Betania y con María de Magdala el día de su resurrección, junto al sepulcro.

El hermoso pasaje que narra el encuentro de Jesús con la mujer samaritana, que es según Juan Pablo II uno de los diálogos más bellos del Evangelio [4], se encuentra en la primera parte del evangelio de San Juan. La mujer samaritana es una de las pocas personas que Jesús catequizó individualmente.

Jesús había iniciado su ministerio en Galilea; luego va a Jerusalén con ocasión de la pascua de los judíos; en Jerusalén tienen lugar los primeros roces con los fariseos, así que después de la pascua Jesús regresa a Galilea con sus discípulos. El evangelista nos dice que *tenía* que pasar por Samaria; pero había otras rutas (subir por el Jordán) evitando Samaria. Quizá *tenía* que hacerlo entonces porque lo requería su misión. El encuentro que tendrá lugar nos podría dar una clave para entender por qué Jesús *tenía* que pasar por Samaria.

Llegan a Sicar en Samaria y Jesús, cansado del camino, se sienta junto al pozo mientras sus discípulos se van a la ciudad a comprar de comer. Era alrededor de la hora sexta, nos dice el evangelista, mediodía; una mujer llega a sacar agua. No se nos dice el nombre de la mujer, no llega acompañada de otras mujeres, lo hace en el medio del día y no en la mañana ni al atardecer... Encuentra un judío desconocido que comienza a hablarle y le dice «*dame de beber*». Jesús tiene sed; no solamente sed física, por el calor y el cansancio del camino; «*quien pedía de beber tenía sed de la fe de esa misma mujer*» [5] dice San Agustín.

Esta sencilla frase inicia un diálogo por iniciativa de Jesús. Un diálogo que desde su inicio es *provocador* pues este judío desconocido no solo se atreve a dirigir su palabra a una samaritana, por lo demás mujer, sino que le pide de beber. «*Los judíos no se traían con los samaritanos*» nos dice el evangelista explicándonos lo peculiar de la situación; la expresión también podría traducirse “*no se sirven de los mismos objetos*”. Pero con su iniciativa, con su *provocación* Jesús logra que se instaure un diálogo.

La mujer, aunque se sorprende de que un judío se dirija a ella, no rechaza el diálogo; al contrario, responde resaltando que ha sido él quien lo ha iniciado: «*TU, siendo judío me pides de beber A MI que soy una mujer samaritana*», tu... a mí... ¿Tú te diriges a mí? San Juan Crisóstomo se maravilla, y con él nosotros, del carácter de esta mujer [6]; nos dice que es una mujer inquisitiva, suena hasta un poco atrevida. Pero Jesús no entra en las disputas étnicas; desde el

Superando las normas vigentes en la cultura de su tiempo, tuvo en relación con las mujeres una actitud de apertura, de respeto, de acogida y de ternura. De este modo honraba en la mujer la dignidad que tiene desde siempre, en el proyecto y en el amor de Dios.

*Mulieris Dignitatem*. Juan Pablo II

principio sus palabras empiezan a invitar a la mujer a ir mas allá. Casi como queriendo dar respuestas a esta mujer inquieta, inquisitiva, en búsqueda... No teme sus preguntas, no teme sus provocaciones; al contrario, quiere responderle.

Jesús responde con una frase enigmática: *«Si conocieras el don de Dios...»* ¿Qué significa el don de Dios? ¿De qué don está hablando? Jesús relaciona este *don de Dios* inmediatamente a sí mismo: *«si conocieras el don de Dios y quien es el que te dice dame de beber»*; esto parece indicar una identificación: Jesús mismo es el don de Dios *«porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito...»*. Si conocieras el don de Dios, el Dios que dona, el Dios que se te dona... Si no vivieras día a día como si no tuvieras a un Dios que en todo se te dona para darte la verdadera vida... Si supieras, *«tú habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva»*. Agua viva, viva no solo en oposición a estancada, viva en sentido de que no es el agua de esta tierra.

La mujer no entendió las palabras llenas de misterio con las que habló Jesús. Pero empieza a preguntar, intentando entender mejor. *«¿De dónde tienes esa agua viva?»* pues esa expresión *“agua viva”* ha despertado algo en su corazón, un anhelo, una sed por esa agua misteriosa de la que este judío misterioso habla.

De ahí le pregunta *«¿eres más que nuestro padre Jacob?»* pero Jesús no contesta directamente sino que regresa a comparar el agua del pozo con el agua que Él da. El agua del pozo sacia la sed, pero la sed regresará. El agua de Jesús hará no tener sed jamás, saciará la sed más profunda, la sed de Dios mismo [7]. La Suya es un agua que se convierte (no se convertirá, sino se convierte, un don presente ya ahora, desde el momento de la fe, no solo después de la muerte); se convierte en quien la recibe en fuente *«que brota para vida eterna»*.

*«Señor, dame de esa agua, para que no tenga más sed y no tenga que venir aquí a sacarla»*.

Sin acabar de entender las palabras de Jesús, ella algo ha ya entendido: este hombre es alguien de quien se puede esperar algo grande, a quien puede dirigirse como alguien que puede escucharla, alguien a quien pedirle, alguien ante quien presentar sus necesidades. ¿A quien me dirijo yo en estos términos *“dame”*? ¿Reconozco en Jesús aquel que puede saciar mi sed? ¿Me pongo ante Él con toda humildad y le pido, *“dame...”*? ¿Me pongo ante Él y le presento mi necesidad? ¿Me pongo ante Él como hija, como discípula, como seguidora?

Aquí el diálogo toma un giro inesperado, una nueva provocación, esta vez en un ámbito más delicado, personal e íntimo: *«vete, llama a tu marido y vuelve acá»*. Ella admite que no tiene marido; Jesús le dice: has dicho la verdad porque *«has tenido cinco maridos y el que ahora tienes no es marido tuyo»*. Ante esta

evidencia de la problemática de su vida personal, la mujer no se siente agredida, juzgada, no se marchó en seguida horrorizada, si no que por el contrario confiesa [8]: *«Señor, veo que eres un profeta»*. ¿Qué significa esta parte del encuentro? La mujer ha tenido cinco maridos y ahora vive con uno que no es su marido. Pero al mismo tiempo estos cinco maridos simbolizan la infidelidad religiosa del pueblo samaritano. La samaritana no tiene verdadero marido; el pueblo samaritano no adora al verdadero Dios. La infidelidad de la mujer la ha hecho incapaz de encontrar al amor verdadero; la cerrazón y la soberbia del pueblo samaritano han obstaculizado su encuentro con el verdadero Dios. En el lenguaje bíblico no es extraño que la infidelidad conyugal se use para simbolizar la infidelidad del hombre para con Dios.

Esta simbología explicaría por qué la mujer hace referencia inmediatamente a la cuestión religiosa; tras aceptar que el judío que le habla es un profeta, le plantea el dilema religioso que preocupaba a los samaritanos: ¿Dónde se debe adorar a Dios, en este monte (Monte Garizim) o en Jerusalén? ¿Dónde podemos encontrar a Dios? Dilema religioso de un pueblo que es también la búsqueda espiritual personal de esta mujer.

Pero Jesús una vez más no se deja atrapar en el dilema, su presencia supera el dilema. *«Ni en este monte ni en Jerusalén»*, llega la hora, la hora está acá, en que el culto no dependerá de un lugar. Es la hora de adorar al Padre *«en espíritu y en verdad»*. Adorar en espíritu se refiere a la interioridad, la intimidad del corazón pero en presencia del Espíritu Santo, no limitándose a una buena disposición subjetiva. Adorar en verdad debe ser entendido no en el sentido de sinceridad sino en el sentido de la revelación que ha traído Jesús: adorar al Padre en verdad supone acoger la Palabra, creer lo que Jesús ha enseñado. Adorar no según los propios caprichos subjetivos, sino según la verdad de Jesús. Explica Teofilacto: *«Hay*



*muchos que creen que adoran a Dios en espíritu sin que tengan de Dios ideas rectas, como son los herejes. Por esto añade “adorar en verdad”* [9]. Estos son los adoradores que el Padre busca.

La mujer sigue creciendo en su comprensión y acogida del misterio del Señor con el que habla y menciona al Mesías, gran esperanza de su pueblo, sabe que vendrá a desvelarlo todo. ¿Quizá lo menciona porque comienza a reconocerlo en este judío que ha estado hablando con ella? «Yo soy, el que está hablando contigo» confirma Él. «Yo soy» es un velado anuncio de la divinidad. Otras veces le habían preguntado los judíos: dínos claramente si eres el Cristo, pero Él se rehusó a contestarles [10]. En cambio Jesús creyó oportuno darlo a conocer a esta mujer, pues había visto en ella la disposición de corazón correcta.

Los discípulos se sorprendieron de que hablara con una mujer pero no osaron pedirle aclaraciones. La mujer dejó su cántaro y se fue a la ciudad. Gesto que parece sugerir la prisa que tenía por anunciar a otros lo que había encontrado; simboliza que ahora ella no se apoya en sus seguridades tangibles sino ante todo en la palabra de Jesús. Nos parece ver la escena del cántaro ahí abandonado expresando haber encontrado un tesoro mayor por el cual vale la pena dejarlo todo.

La mujer corre a su pueblo a anunciar, a exhortar a la gente a ir a ver a Jesús. Nótese la delicadeza con la que anuncia: «me ha dicho todo lo que yo he hecho, ¿no será el Cristo?» como sin querer imponerse, sin querer irritar, suscitando curiosidad. Con “genio femenino” supo escoger las palabras adecuadas para que aceptaran su mensaje.

Orígenes nos dice [11]: «El Señor se valió de esta mujer, acaso como de un apóstol para con sus conciudadanos, de tal modo que, inflamándola por medio de sus palabras, dejó el cántaro y corrió a la ciudad a referirlo a sus conciudadanos... impulsada por la utilidad de muchos».

Algunos versículos más adelante, el evangelista nos dice que los samaritanos de Sicar, que habían creído inicialmente por el testimonio de la mujer samaritana, ahora van a escuchar a Jesús directamente. Creyeron «primero mediante la fama, después mediante la presencia» [12]. Han pasado de creer en sus palabras a saber por sí mismos. Y entendieron que era el Salvador también para ellos. ¡Jesús fue conocido en Samaria por el anuncio de esta primera testigo que Él mismo encontró, llamó y envió!

60 **O**tras veces le habían preguntado los judíos: dínos claramente si eres el Cristo. Pero Él se rehusó a contestarles. En cambio Jesús creyó oportuno darlo a conocer a esta mujer, pues había visto en ella la disposición de corazón correcta.

## Marta y María de Betania

Las hermanas de Betania aparecen en distintos pasajes del Evangelio. Tenían una amistad particular con Jesús: «Jesús amaba a Marta, a su hermana María y a Lázaro» (Jn 11, 5). Aparecen en tres pasajes, junto a su hermano Lázaro en dos de ellos, pero ellas destacan más que él: ellas hablan y son más activas; él no habla, solamente es resucitado de entre los muertos. Los tres hermanos compartían su amor al Señor, su fe en Él. Notamos además rasgos peculiares de cada una de las hermanas, interacción de cada una con el Señor, distintas personalidades, distintas reacciones. Ambas, cada una a su modo, son testigos del Señor y su fe arrastra a otros a la fe.

### 1. Escoger la mejor parte

● Lucas 10, 38-42 ● [13].

Se nos dice que la casa era de Marta. ¿Sería la hermana mayor? La escena: Marta practica la hospitalidad; María sentada a sus pies escuchaba las «palabras llenas de gracia» que salían de la boca del Señor. Estar a los pies de un maestro es una actitud que expresa discipulado. San Pablo por ejemplo dice que creció a los pies de Gamaliel.

¡Cuánto podemos comprender a Marta...! Nosotras atareadas trabajando mientras otros disfrutaban, el deseo de que nos ayuden, que no nos dejen “solas” con el servicio... ¡cuánto podemos entender su situación y su reacción! El evangelista la describe «atareada con muchos quehaceres», o en otras traducciones «absorbida por el mucho servicio», «preocupada»... y como no estarlo con tan ilustre huésped. Ante su frustración llama en causa al huésped mismo. María no replica, no se justifica, espera la respuesta del Señor confiándole a Él su causa [14].

Y el Señor la llama «Marta, Marta», repetición que indica a la vez afecto y llamada de atención [15]. «Te preocupas y te agitas por muchas cosas» muchos servicios. María ha escogido la parte buena, la parte mejor. La única verdaderamente necesaria.

El servicio es bueno, la acogida del huésped también, son expresiones de la caridad, son muy importantes en la cultura del medio-oriente aún hoy. Pero Marta se agita y preocupa por muchas cosas, que son temporales, que son buenas pero transitorias; una sola cosa es necesaria, una sola es importante, una sola cosa quedará cuando pase la escena de este mundo. Lo que María ha escogido no le será quitado, al contrario, durará para la vida eterna.

Este primer pasaje nos sirve para conocer a las dos hermanas, sus rasgos particulares, y es además ocasión para que el Señor deje una enseñanza esencial: servir sin “agitarnos y preocuparnos”, sin olvidar que “una sola cosa es necesaria”, sin olvidar “escoger” también nosotros “la parte mejor”.

### 2. Resurrección de Lázaro

● Juan 11, 1-44 ●

Encontramos de nuevo a las hermanas de Betania en el Evangelio de San Juan, protagonistas del último

signo de Jesús antes de la Pasión, signo que revela a Jesús como la resurrección y la vida, signo que revela la victoria sobre el último enemigo: la muerte. San Juan hace mención al episodio de la Unción que tendrá lugar en el futuro, ligándolo a este relato: ante la muerte de su amigo Lázaro, Jesús piensa en su propia muerte que se acerca.

Las hermanas, ante la enfermedad de Lázaro, mandan un mensaje a Jesús, evidencia que son sus discípulas. Notamos un paralelo entre el modo como solicitan la intervención de Jesús y el modo como María, su madre, pidió su intervención en Caná de Galilea, en el primer signo: de modo implícito, limitándose a informar a Jesús de lo sucedido, confiando a Él la decisión sobre qué hacer y cómo: *«No tienen vino»* (Jn 2, 3), *«Señor, aquel a quien tú quieres está enfermo»*.

El evangelista nos aclara que Jesús amaba a los tres hermanos; sin embargo no corre a Betania, se detiene todavía dos días, tras los cuales decide ir.

Encuentra primero a Marta, que sale a recibirlo, expresando así su ser más *“volcada a la acción”* que su hermana, que se queda sentada en casa como convenía a una mujer en luto. Marta encuentra al Señor y le dice *«Señor, si hubieras estado aquí mi hermano no habría muerto»*.

Marta dice confiada a Jesús, seguramente alentada por el hecho de verlo, *«pero aún ahora (que mi hermano ha muerto) yo sé que cuanto pidas a Dios, Dios te lo concederá»*. Jesús alude a la resurrección y ella proclama la fe judía en la resurrección. Pero de ahí Jesús se le revela, diciendo: *«Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá y todo el que vive y cree en mí no morirá jamás. ¿Crees esto?»*. Marta tiene la fe judaica en la resu-

rrECCIÓN, pero Jesús la invita a un salto de fe; le muestra que desde ahora el creyente es un viviente, tiene el germen de vida eterna en Él. Jesús mismo es la Vida verdadera para el creyente.

Como respuesta encontramos la profesión de fe de Marta: *«Señor, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que iba a venir al mundo»*; una confesión de fe propiamente cristiana, fe en la identidad de Jesús, cuyo único paralelo es la profesión de fe de Pedro, en Cesarea de Filipo (Mt 16, 16). Nótese además que Marta ha creído antes del milagro, ha creído por la revelación de Jesús, acogiéndola y expresándola con títulos que Jesús no se ha dado a sí mismo [16]. No dice nada más sobre la muerte de su hermano, como si añadir algo más fuera superfluo, más bien se va a llamar a su hermana.

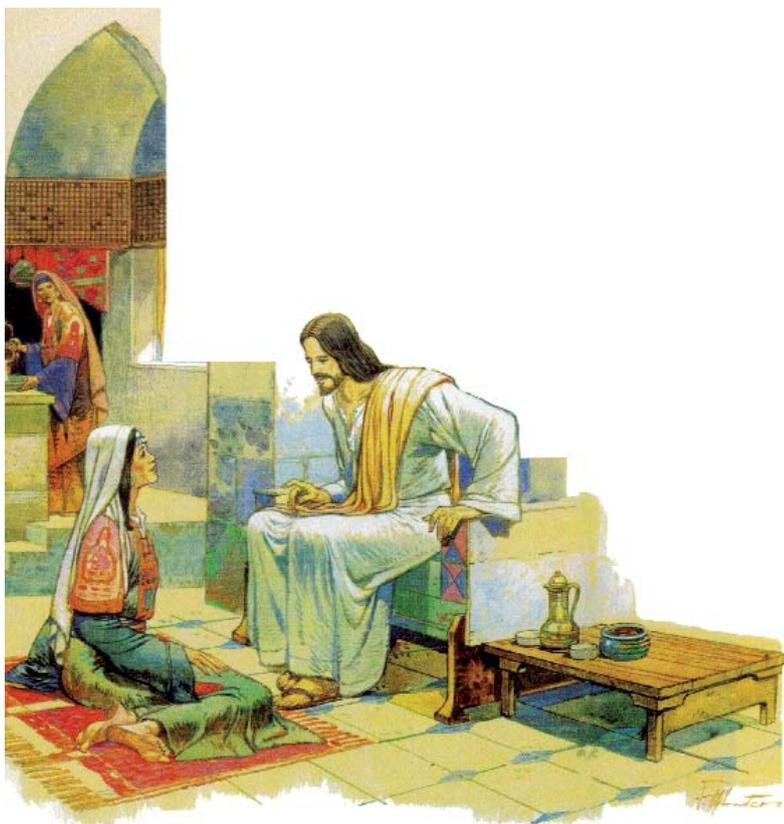
El encuentro con María es simétrico, con algunas particularidades; María sale a encontrar al Señor tras ser advertida discretamente por Marta y es seguida por los judíos que piensan que va a llorar a la tumba. Llegando ante Jesús cae a sus pies, gesto que Marta no hizo, le dice misma frase que su hermana: *«Señor, si hubieras estado aquí mi hermano no habría muerto»* y llora. María es una mujer más gestual. Expresa su tristeza, su tristeza se transmite a los judíos y todos estos hechos conmueven interiormente a Jesús, lo turban, lo hacen derramar lágrimas. Jesús se conmueve ante la presencia trágica de la muerte y de la desolación que ésta trae a la vida humana. Esta experiencia de María pone a Jesús ante la realidad de la muerte, no solo la de Lázaro, sino la suya que se acerca [17]. Jesús llora y sus lágrimas son las lágrimas de Dios ante la muerte que separa a los hombres, las lágrimas de Aquel que debe aceptar la prueba. *«Sí, Jesús habría podido evitar que Lázaro muriese pero no puede escaparse de su muerte, no puede no entregar su propia vida, porque este es el itinerario del Hijo del hombre, es la orden que Jesús ha recibido de su Padre»* [18].

Llegado al sepulcro, ordena que se retire la piedra; Marta intenta detenerlo porque al cuarto día ya hay mal olor. Es un contraste con su fe de antes; nos muestra que en el momento decisivo, Jesús está solo ante el poder de la muerte. Jesús le asegura *«si crees verás la gloria de Dios»*.

Jesús hace una oración al Padre que no es un pedido sino ya una acción de gracias, sabe que el Padre lo ha escuchado, no solo para llamar de regreso a la vida a Lázaro, sino también en anticipación a su Hora cuya proximidad lo había turbado. Su oración expresa certeza de la presencia y salvación del Padre.

De ahí grita con fuerte voz llamando a Lázaro por su nombre, ordenándole salir. Lázaro sale todavía con las vendas. Ahí la historia termina; no se nos dice nada más.

Pero nos quedan Marta y María, con su fe, con su particular amor por Jesús, que van asumiendo un rol importante en este momento central, al acercarse la Hora de Su muerte. Por ellas los judíos presentes en el funeral de Lázaro vieron



# Las dos hermanas son cada una a su modo testigos de la fe en Jesús. Porque María parece preferir callar; Marta hablar. María es una mujer que habla con sus gestos. Marta de servicio y de acción.

el signo cumplido por Jesús, muchos de ellos creyeron, otros temieron y fueron a avisar a los fariseos. Se acercaba la Pascua, se acercaba la Hora, estas dos amigas de Jesús están ahí, cumpliendo fielmente su papel. Y seguirán presentes, según la narración de San Juan, también en el próximo episodio.

### 3. La unción en Betania

• Juan 12, 1-8 •

El contexto de este pasaje es la tensión de los sumos sacerdotes y de los fariseos, que San Juan nos presenta exasperados tras la resurrección de Lázaro, tomando decisiones sobre arrestar a Jesús, dar muerte a Lázaro... Es un contexto de peligro, de amenazas, de muerte...

Jesús está de nuevo en Betania, de nuevo en la intimidad de una casa acogedora que el evangelista Juan no nos dice de quien es. Este relato tiene paralelos en los evangelios de san Mateo y san Marcos; ellos dicen que es la casa de Simón el Leproso. Sólo Juan nos dice que la mujer es María de Betania y sólo él presenta a Marta y a Lázaro también en la escena. Juan nos presenta una vez más a Marta sirviendo: mujer activa, de servicio. Y Lázaro también estaba a la mesa.

María, sin hablar con nadie, entra en la escena y cumple su gesto elocuente, significativo: «ungió los pies de Jesús» con «perfume de nardo puro, muy caro». Los tres relatos coinciden en que el perfume es muy costoso, coinciden en que es derramado abundantemente sobre Jesús. Juan nos informa sobre la cantidad: una libra (aproximadamente 330 gramos).

Mateo y Marcos dicen que ungió la cabeza de Jesús; Juan dice que ungió los pies y los secó con sus cabellos. San Agustín dice que esto debemos entenderlo en el sentido de que ungió la cabeza y los pies [19]. Es usual ungir la cabeza, inusual ungir los pies, más inusual aún secarlos con los cabellos pues una mujer judía respetable no aparecía en público con sus cabellos sueltos.

¿Quizá María ungió los pies de Jesús con tanto perfume que tuvo que secarlos con sus cabellos? ¿Quizá al romper el frasco ungió no solo la cabeza sino los pies y quiso quitar la abundancia del perfume enjugándolo con sus cabellos? Lo cierto es que los cabellos de María recogen el perfume de los pies de Jesús y ella se ve envuelta en su fragancia. A partir de este momento el perfume de Jesús es también el perfume de María. Ahora María tiene en su cabeza la fragancia no tanto del nardo, como de Cristo, fragancia del nardo impregnado ahora de la calidad y vir-

tud del cuerpo de Jesús [20]. Este nuevo perfume llena la casa como el Evangelio llena el mundo [21]. Este perfume que se expande representa la intensidad del amor que ha inspirado el gesto de María; amor que se expandirá por el mundo. La fragancia del perfume de Betania es símbolo de la victoria de Cristo sobre la muerte, es un gesto que manifiesta que Cristo nos da la vida verdadera con su muerte, que su cuerpo es prenda de inmortalidad, que la fragancia de Cristo se difundirá en el mundo entero comunicando vida y salvación [22].

María, una vez más a los pies de Jesús, lo unge, le rinde su homenaje, no parece interesarse de las reacciones de los otros. El evangelista no explica la acción, no la juzga, solamente la describe indicando que la casa se llenó de la fragancia del perfume. Quizá es esta una delicada forma de aprobación de la acción de María [23]. Pero el gesto de María no pasa inadvertido a los presentes; suscita reacciones de incompreensión, críticas, parece un exceso, algo desproporcionado. Para Jesús en cambio el gesto significa anticipación de su sepultura, la cena era anticipación del banquete celeste de la resurrección, pero Jesús no olvida que esta nueva vida requiere el paso por la Pascua. Jesús defiende el gesto de las críticas demasiado pragmáticas.

María de Betania es el único personaje del evangelio de Juan que presiente el misterio de la Hora, anticipándolo. María guardaba un perfume precioso que no ha vendido para dar el dinero a los pobres pensando en guardarlo para el día de la sepultura de Jesús y lo ha utilizado ahora, presintiendo la proximidad de la Hora. Esta interpretación explicaría también la frase de Marcos: «Dondequiera que el Evangelio se predique se hablará de lo que ésta ha hecho para memoria suya»: como diciendo, el significado del gesto de María hará parte de la Buena Noticia.

María, con su amor, ha participado por intuición en la Pascua de Jesús [24]. El suyo es un acto de fe comparable a la solemne profesión de fe de su hermana Marta, que ya hemos visto. Por eso podemos afirmar que las dos hermanas son cada una a su modo testigos de la fe en Jesús, el Hijo de Dios, el rey-Mesías de Israel [25]. Cada una a su modo porque María parece preferir callar; Marta hablar. María es una mujer que habla con sus gestos. Marta de servicio y de acción. María no parecía ocuparse del servicio concreto cuanto de la gloria del Señor y se acercaba a Él como a Dios [26], representando a todos los que aman a Jesús con corazón sincero y agradecido [27].

El gesto de María es «signo de una sobreabundancia de gratuidad» que es característica del modo de amar de las mujeres. Ante ojos pragmáticos, ciertos gestos de amor pueden parecer un despilfarro; pero «para la persona seducida en el secreto de su corazón por la belleza y la bondad del Señor, es una respuesta obvia de amor, exultante de gratitud por haber sido admitida de manera totalmente particular al conocimiento del Hijo y a la participación en su misión divina en el mundo» [28].

Marta y María, dos hermanas discípulas del Señor, cada una siguiéndolo, sirviéndolo y dando testimonio de Él desde su propia vocación. Ambas modelo para nosotras, ambas nos abren horizontes de fidelidad.

## Mujeres en la Pasión, Muerte, Resurrección. En particular María de Magdala

Sabemos que, al llegar la hora de Jesús, y ante los dolorosos hechos de su pasión, las mujeres que lo habían seguido desde Galilea [29] no huyeron temerosas sino que lo acompañaban, mirando de lejos [30] cuanto sucedía. Mientras los discípulos, atemorizados, habían huido, ellas no se separaron de su lado [31]. María Magdalena es una de las mujeres que estaban junto a la cruz de Jesús, citada por tres de los cuatro evangelistas.

Pasado el día de descanso tras la muerte de Jesús, las mujeres son las primeras que empiezan a hacer algo. Se acercan al sepulcro, habiendo preparado especias y aromas para ungir el cuerpo, según la costumbre judía. Son ellas las primeras en escuchar el anuncio de la noticia que cambiaría para siempre la historia. *«Por su amor y celo por Cristo fueron consideradas dignas»* [32] de recibir este mensaje. Los discípulos inicialmente no les creyeron.

Recordemos algunos testimonios de los Padres que se sorprenden ante esta *“inusual”* circunstancia:

San Agustín: *«En este hecho hay que considerar la amorosa disposición de nuestro Señor... por el sexo femenino cayó el hombre y por el sexo femenino encontró reparación, pues una virgen había dado a luz a Cristo y una mujer anunciaba su resurrección. Por una mujer entró la muerte; por una mujer, la vida. Pero los discípulos no creyeron lo que habían dicho las mujeres; pensaban que deliraban a pesar de que anunciaban la verdad»* [33].

San Cirilo de Alejandría: *«Una vez instruidas las mujeres por lo que les habían dicho los ángeles, volvieron a toda prisa a referirlo a los discípulos... Como la mujer había sido en otro tiempo la causa de la muerte de la humanidad, ahora es la primera elegida para anunciar a todos el gran misterio de la resurrección. Se prefirió el sexo femenino para anunciar el perdón del pecado y la desaparición de la iniquidad»* [34].

Pero entre todas estas mujeres escogidas, destaca María de Magdala, que tuvo un rol especial. Ella había sido liberada de siete demonios. San Agustín nos dice que sin duda ella era *«la que más fervientemente amaba al Señor de entre todas las mujeres que habían amado al Señor»* [35] y por eso San Juan resalta su personal encuentro con el Señor resucitado.

### • Juan 20, 1-18 •

Juan relata los hechos tras la resurrección, incluyendo dos apariciones del Señor, en relatos que no tienen relación entre sí, que son

presentados en serie, uno después del otro. Resalta el *“creer”* de los que son testigos. El primero que *«vio y creyó»* es el discípulo amado, que cree tras haber visto el sepulcro vacío, sin haber encontrado al Señor resucitado. Luego creará María de Magdala, tras haber hablado directamente con el Señor resucitado. Luego de estos dos relatos de fe personal, se nos relata la aparición al grupo de los discípulos y al final del capítulo se proclama *«dichosos los que no han visto y han creído»* que nos incluye también a nosotros, lectores de hoy. Interesante que los dos discípulos predilectos, un hombre y una mujer, son los que primero creen, ¿será porque tenían más amor? ¿será porque a mayor intimidad con el Señor, mayor capacidad de comprensión?

María de Magdala empieza con encaminarse al sepulcro *«cuando todavía estaba oscuro»*, hay una dimensión simbólica de las tinieblas que todavía se ceñían sobre el mundo [36], resalta además la prisa de María por llegarse al sepulcro. Juan no nos dice si viene sola o no, no dice para qué viene. Pero encuentra la piedra removida; no entra, no encuentra a nadie, no recibe ningún mensaje, corre a avisar a los discípulos simplemente lo que ha visto, la tumba está abierta, *«se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos donde lo han puesto»*. Nótese que usa el plural sabemos, ¿quizá había otras con ella?

Pedro y el otro discípulo corren a prisa y llegan a constatar que el cuerpo del Señor no está. El otro discípulo, se nos dice, *«vio y creyó»*; nada se dice de Pedro. Pero ambos regresan a casa. María no regresa con los discípulos a casa, ella se queda en la tumba, llorando. El cadáver era para ella como un último lazo con la presencia de Jesús; busca al muerto para poder así re-encontrar al que tanto amó estando en vida. Se nos dice repetidamente que llora, y los ángeles le preguntan ¿por qué lloras?



Tras los ángeles es Jesús el que aparece por detrás, María no lo reconoce, cree que es el jardinero. También este desconocido le pregunta por qué llora añorando a quien busca.

Toda esta búsqueda del amado tiene ecos de un pasaje del *Cantar*: «*En mi lecho, por las noches, he buscado al amor de mi alma; lo busqué, mas no lo hallé. Me levantaré ahora, y andaré por la ciudad; por las calles y por las plazas buscaré al amor de mi alma.*» *Lo busqué, mas no lo hallé. Me hallaron los guardas que rondan la ciudad, y les dije: “¿Habéis visto al amor de mi alma?” Apenas los había pasado cuando hallé al amor de mi alma; lo agarré y no lo soltaré...*» (Cant 3, 1-4). ¿Quizá el evangelista Juan se inspiró en esta búsqueda para presentarnos la de María de Magdala? [37]

María perseveró en su búsqueda y encontró al que buscaba, excediendo las expectativas de su amor. En este punto del relato, el encuentro cara a cara. Jesús la llama por su nombre, María, como llama el Buen Pastor a sus ovejas y éstas le reconocen. Para la mentalidad semítica el nombre alcanza la interioridad de la persona, no se pronuncia a menudo en el discurso directo. También nosotras, cuando somos llamadas así, con nuestro nombre, descubrimos que tocan algo muy nuestro...

Ante el nombre, María reconoce a Jesús, exclamando «*Rabbuní*», diminutivo de rabbí, un grito que le brota del corazón, con una nota extra de afecto y familiaridad. La llamada y la respuesta, María-Rabbuní, nos muestran el encuentro entre dos personas que se aman. Ella experimenta lo que había anunciado el Señor: «*vuestra tristeza se convertirá en gozo... volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y vuestra alegría nadie os la podrá quitar*» (Jn 16, 20. 22).

Jesús ordena a María «*deja de tocarme*». Quizá ella estaba ya agarrada a los pies del Señor con un gesto

de adoración. Jesús con estas palabras no la rechaza sino que la envía de misión: deja de tocarme pues tendrás que ir a hacer un anuncio, no puedes estar ahí, agarrada a mis pies.

Tras estos discursos María va prontamente a transmitir el mensaje de Jesús a los discípulos; tras el anuncio negativo que había hecho primero (se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos donde le han puesto), ahora es el momento del anuncio positivo (he visto al Señor). Nótese que ella habla de su experiencia, que la fe pascual es el resultado de un encuentro personal; ella no hace un anuncio objetivo (ha resucitado), sino que les da testimonio de su experiencia: YO he visto al Señor, ÉL me ha hablado. María Magdalena ha sido llamada «*la apóstol de los apóstoles*» [38]. Antes que los apóstoles, María de Magdala fue testigo ocular de Cristo resucitado, y fue la primera en darles testimonio de la resurrección.

## Conclusión

Los evangelios abundan en testimonios del modo como las mujeres encontraron a Jesús, se aprestaron a seguirlo y fueron sus testigos. Jesús da cumplimiento a aquellas palabras del profeta Joel: «*Yo derramaré mi espíritu en toda carne. Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán*» (Jl 3, 1)» [39].

Ahora pasaremos una semana en una ciudad que Jesús amó, donde caminó, rezó, sufrió, murió y resucitó. Aprestemos nuestro corazón a encontrar a Jesús mientras también nosotras caminamos y rezamos en esta tierra bendita. Encontrándolo, renovemos y fortalezcamos nuestra opción por seguirlo y por ser sus testigos, haciéndolo presente con nuestras vidas en medio de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Que así sea.

[1] Juan Pablo II, *Carta a las Mujeres*, 3.

[2] Cf. Diccionario Ravasi 2213.

[3] *Biblia de Jerusalén. Nueva edición revisada y aumentada*, equipo de traductores de la edición española de la Biblia de Jerusalén, 1998.

[4] Cf. Juan Pablo II, *Mulieris Dignitatem*, 13.

[5] San Agustín, *In Ioh. Ev.* XV, 11.

[6] Cf. San Juan Crisóstomo, *Catena aurea* ES 12407.

[7] X. León-Dufour, *Lectura dell'Evangelo secondo Giovanni*, 316.

[8] Cf. San Juan Crisóstomo, *In Ioannem hom.*, 31. (Catena aurea ES 12419).

[9] Teofilacto. (Catena aurea ES 12419).

[10] Cf. San Juan Crisóstomo, ut supra. (Catena aurea ES 12425).

[11] *In Ioannem tom.*, 14. Catena aurea, ES 12427.

[12] San Agustín, *cit.*, 33.

[13] Versión de la Biblia de Jerusalén.

[14] Cf. San Agustín, *Sermón* 103, 2.

[15] *Idem*.

[16] Cf. Nuria Calduch-Beanges, *Marta, una vera discipula di Gesù*.

[17] Cf. X. León-Dufour, 699.

[18] *Idem.*, 700.

[19] Cf. San Agustín, *De cons. evang.*, 2,79.

[20] Cf. Orígenes, *Comentario al Cantar de los Cantares*.

[21] Cf. N. Calduch-Beanges, 90.

[22] Cf. N. Calduch-Beanges, 105.

[23] Cf. N. Calduch-Beanges, *Il profumo del Vangelo*, 86.

[24] Cf. León-Dufour, 720.

[25] N. Calduch-Beanges, 93.

[26] Cf. San Juan Crisóstomo, *In Ioannem hom.*, 64. *Catena aurea* ES13201.

[27] Cf. N. Calduch-Beanges, 88.

[28] Juan Pablo II, *Vita Consecrata*, 104.

[29] Mt 27, 55.

[30] Mc 15, 40; Lc 23, 49 .

[31] Cf. San Juan Crisóstomo, *Homiliae in Matthaeum*, 88,2. *Catena aurea* ES 5751.

[32] Cirilo de Alejandría, *Commento a Luca*, PG 72, 939-942.

[33] Agostino, *Discorsi*, 232, 2.

[34] *Catena aurea* ES 11401.

[35] San Agustín, *De cons. evang.* 3, 24. *Catena aurea* ES 14001.

[36] Cf. León-Dufour, 1157-1158.

[37] Cf. León-Dufour, 1172.

[38] Cfr. Rabano Mauro, *De vita beatae Mariae Magdaleneae*, XXVII, (PL 112, 1474). S. Tomás de Aquino, *In Ioannem Evangelistam Expositio*, c. XX, L. III, 6 (*Sancti Thomae Aquinatis Comment. in Matthaeum et Ioannem Evangelistas*), Ed. Parmens. X, 629.

[39] *Mulieris Dignitatem*, 16.